

ENRIQUE IV DE CASTILLA

ENRIQUE IV DE CASTILLA
EL ÚLTIMO REY MEDIEVAL

Carlos del Solo

Primera edición: Noviembre 2018
Segunda edición: Noviembre 2019

© Derechos reservados reservados
© Carlos del Solo

Edición por Carlos del Solo
Fotografías de cubierta: ©Carlos del Solo

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin el permiso previo del autor.

A Mari Pepi
que es la que me sugirió (insistentemente)
escribir sobre la vida de Enrique IV.

A ti, lector, que me estás leyendo. Gracias

Y no se me puede olvidar Míriam...
Mi correctora personal.

Capítulo I

—¡Enrique, Enrique! Deja de corretear por todo el palacio. Al final tu padre se va a enfadar y ya verás la que se va a liar. ¡Enrique! ¿Dónde estás? ¡Dichoso niño!

Mi madre, María de Aragón, la reina, pretende que esté quieto en la sala que me tienen asignada sin moverme, ¡pero no lo va a conseguir! A mí lo que más me gusta es meterme en todas las habitaciones y descubrir lo que ellas contienen. ¿Qué secretos esconderá tal armario o aquellos cajones? Me encanta abrirlo todo y ver que se esconde dentro. A veces saco algunas ropas y me las pruebo pero siempre me quedan grandes. Soy muy pequeño todavía para vestir con los ropajes que contienen los armarios de las distintas dependencias del palacio. A mis poco más de cinco años tengo que mirar a todos levantando la cabeza. ¡Ya habrá un día en el que sea al contrario y para mirarme a mí sean los demás los que tengan que mirar hacia arriba!

¡Que pesada es mi madre! No para de perseguirme. Me introduzco en los aposentos de mi padre. Seguro que habrá algo interesantes en sus cajones y armarios. Me gusta la colección de puñales de mi padre, el rey Juan II de Castilla, todos afilados y con brillantes piedras que los adornan. Cuando yo sea mayor también quiero tener puñales como mi padre. ¡Voy a tener muchos puñales!

Oigo pasos. Quizás sea mi padre que viene a sus aposentos a coger alguna cosa o a echarse un rato a descansar. Debo esconderme rápidamente en el armario ya que no debe descubrirme. Dejaré una rendija para poder ver lo que hace.

Mi padre abre la puerta, viene acompañado de don Álvaro de Luna, su mano derecha. Están muy animados hablando entre ellos.

—Adelante Álvaro, pasa, entra a mis aposentos que te voy a enseñar esos documentos de los que te estaba hablando.

—Veamos que contienen, majestad. Estoy deseando comprobar si es todo como me habéis contado.

Una vez han entrado, mi padre cierra la puerta de la habitación y corre la cancela para que no pueda ser abierta desde fuera. Acto

seguido ambos hombres, mi padre y don Álvaro, se acercan el uno al otro y comienzan a tocarse, a besarse en la boca. Casi no puedo mantener la mirada. No sé que tienen estas cosas que me dan repulsión. ¡Qué manía tiene la gente con juntar sus bocas! La verdad es que hasta ahora solo había visto que esto sucediese entre hombres y mujeres pero por lo que veo también hay hombres que juntan sus bocas. ¿Habrá también mujeres que junten sus bocas entre ellas? ¡Qué asco! ¡Qué raros son estos adultos!

Vuelvo a poner mi vista en la rendija del armario para ver lo que está aconteciendo y observo cómo mi padre y su condestable continúan con sus besos. Sus manos recorren el cuerpo del otro y empiezan a desnudarse. ¡No creo que sean capaces de desnudarse! Pues sí, en pocos instantes los dos hombres están completamente desnudos. Sus cuerpos están llenos de pelos por todas partes. No había visto yo a un hombre desnudo. A mujeres sí por que de vez en cuando mi madre se ha bañado conmigo y se ha despojado de sus ropas. ¡Que diferentes son el cuerpo del hombre y de la mujer!

Mi padre y don Álvaro se acarician con sus manos. ¡Que grandes tienen sus penes! El mío es muy pequeñito. Las manos de ambos hombres se dirigen a sus penes y se los agarran el uno al otro. Parece que les gusta por las caras que ponen. Mi padre comienza a bajar su cabeza y, y... ¡Se ha metido el pene de don Álvaro en la boca! No puedo seguir mirando lo que está sucediendo. Aparto la cara de la rendija y me tapo los oídos para no oír los sonidos que mi padre y el condestable emiten sin parar. ¡Qué asco! No me puedo creer lo que hace mi padre con ese hombre. ¡Quiero que se vayan y poder salir! ¡Quiero estar con mi madre!

El tiempo se me hace eterno. Siguen haciendo ruidos ahí fuera. Voy a mirar un momento a ver qué hacen. No entiendo muy bien lo que veo. Parece que están jugando ya que veo a don Álvaro a cuatro patas y mi padre le da golpes acompasados con su pene en el trasero. ¡Qué cosas más raras hacen los mayores! Me vuelvo a retirar de la rendija porque no me gusta lo que estoy viendo. Los dos hombres comienzan a emitir pequeños gritos. ¿Se estarán haciendo algo que les duele? Prefiero no mirar. Me vuelvo a tapar los odios para no escucharles.

Parece que ya han terminado de jugar ya que comienzan a hablar de nuevo con voz relativamente alta, como si quisieran que les escucharan fuera de la habitación. Me asomo y veo que se están vistiendo.

—¿Te das cuenta Álvaro como sí que estaba claro el asunto que te conté en los documentos?

—Sí majestad, si no lo veo no lo creo. Teníais toda la razón. Será motivo de estudio para ver qué acciones tomar al respecto.

—Ya me contareis como creéis que debemos actuar en este caso.

Los dos hombres, cuando terminan de vestirse se dirigen a la salida. Mi padre corre la cancela y abre la puerta. Permite el paso a don Álvaro para a continuación salir él. La puerta se cierra de nuevo tras ellos.

Espero un rato antes de salir del armario no vaya a ser que mi padre decida entrar de nuevo a la habitación y me pille en ella. Me acerco a la puerta y pongo la oreja en la madera. No oigo nada y la abro ligeramente. Parece que no hay nadie en el pasillo. De manera rápida abro lo suficiente la puerta para salir e inmediatamente cerrarla tras de mí.

—¡Enrique! —grita mi madre doblando la esquina del pasillo mientras yo sigo apoyado en la puerta de la habitación de mi padre—. ¿No pensarás entrar en la habitación de tu padre a cotillear? Mira que te conozco. ¡Un día te vas a hacer daño con uno de esos puñales que tiene tu padre! ¡Dichoso niño! Venga vamos. ¡Siempre dándome disgustos!

Mi madre me coge de la mano y me arrastra en dirección a mi habitación. Yo estoy mudo. Lo que he visto me ha asustado mucho. No sé qué hacían mi padre y su condestable pero creo que no debo contar nada a nadie. Quizás si lo cuento me lleve una buena regañina. Mejor será permanecer callado.

—Pero madre, en la habitación me aburro. Ya no sé que hacer allí.

El tiempo va pasando muy despacio y mi única diversión, corretear y cotillear por palacio, es continuamente perseguida por mi madre. Me aburro mucho y espiar a los mayores es mi mayor divertimento. Nunca me dejan salir de palacio, quizás en alguna rara ocasión se me ha permitido acompañar a mi madre en alguna salida por Valladolid pero siempre vigilado y sin poder casi ni moverme. ¡Cuánto daría por jugar con esos niños que veía por las calles! Pero era del todo imposible, estaba confinado en palacio.

Es 25 de enero de 1436, mi undécimo cumpleaños y los reyes, mis padres, me han felicitado por ello. También me han hecho un regalo: ¡un bonito puñal! Mi padre me lo ha dado junto con una gran sonrisa mientras mi madre mostraba su enfado y desaprobación con el

ceño fruncido. ¡Yo estoy muy contento con mi regalo!

—Enrique, hemos estado hablando tu padre y yo y pensamos que va siendo hora de que tengas un tutor. Un joven algo más mayor que tú para que esté pendiente de ti y te enseñe lo necesario. Así no estarás aburrido. Hemos hablado con don Álvaro de Luna quien, con buen criterio, seguro que te proporcionará el más adecuado.

—¡Eso sí que me gustaría, madre! Tener a alguien con quien conversar y que me enseñe cosas. ¡Sí, sí! ¡Ya estoy deseando tener a alguien a mi lado que me acompañe!

Y eso es lo que mi madre, la reina, debió hacer ya que, a los pocos días, me presentaron a un joven:

—Mira Enrique, este es Juan, Juan Pacheco, y va a ser tu tutor a partir de ahora. Debes hacerle caso en lo que te diga ya que entre sus labores está el formarte. Piensa que es más mayor que tú, tiene dieciséis años, y por ello tiene mucho que enseñarte.

—Sí madre, no os preocupéis. Encantado de conocerte Juan. Como ya sabrás yo soy Enrique.

—Encantado de conocerle majestad. Espero que juntos nos divirtamos mucho. Procuraré enseñarle todo lo que sé.

—Seguro que será divertido Juan. Madre ¿podemos irnos a mis aposentos?

—Sí Enrique, pero dentro de un rato vendrán a buscar a Juan para que se acomode en la habitación que se le ha asignado.

—¡Vale madre! No os preocupéis, voy a enseñarle mi habitación a Juan y a que me cuente cosas sobre él. Rara vez tengo ocasión de conversar con alguien de fuera de palacio.

Una vez en mi habitación no tardo en empezar a interrogarlo.

—Juan me alegro mucho de tenerte a mi lado. ¡Cuéntame cosas de ti! Estoy seguro que conoces mucho de mí por ser el hijo del rey pero no sé nada de mi nuevo compañero.

—No sé por donde empezar majestad.

—Pues empieza desde el principio. ¿De donde eres? ¿Cuándo es tu cumpleaños? ¿Por qué estás aquí conmigo? No sé, lo que se te ocurra.

—Soy natural de una Villa de Cuenca llamada Belmonte, nací el uno de junio de 1419. Tengo un hermano más pequeño que yo que se

llama Pedro al que quiero mucho. Mis padres se llaman Alonso y María. En las capitulaciones de su matrimonio acordaron que el primer hijo que tuvieran se apellidaría Pacheco, que es el apellido de mi madre, y por eso llevo su apellido. De esta manera heredaré las villas y tierras de mi madre. Los orígenes de mi familia están en Portugal ya que mis abuelos provienen de allí. Eran nobles portugueses que se afincaron en la villa de Belmonte. Mi padre, Alonso, forma parte del séquito de don Álvaro de Luna y es por ello por lo que el condestable me ha elegido para ser vuestro tutor. Don Álvaro de Luna quiere casarme con su prima, Angelina de Luna y, si todo va según lo previsto, para noviembre de este año me casaré por poderes con ella. La verdad es que no me hace ninguna ilusión pero mi padre me ha dicho que no proteste, que si no estoy de acuerdo ya habrá tiempo de enmendar las cosas, no debemos contrariar a un hombre tan poderoso como don Álvaro. Así que dentro de poco estaré casado con alguien a quien ni siquiera conozco. No sé que más contarle, majestad.

—Bueno, por lo menos ya sé algunas cosas de ti. Poco a poco nos iremos conociendo mejor. Yo poco te puedo contar de mí. Siempre encerrado entre estos muros poca vida he tenido. Hasta ahora he estado muy protegido tanto por mi madre como por don Álvaro de Luna y casi no me puedo mover sin que ellos den el consentimiento. Mi padre está siempre a sus cosas y la verdad es que poco caso me hace. En cualquier caso, según vayamos ganando en confianza, ya te contaré algunas cosas que acontecen en palacio.

—Don Juan —habla un sirviente desde la puerta abierta de mi habitación—, ya tiene preparado su aposento. ¿Hace el favor de acompañarme? —Juan me mira para recibir mi aprobación.

—Ve, Juan. Ve a tu nuevo aposento y acomódate. Luego seguiremos conversando. Cierra la puerta al salir, por favor.

Juan Pacheco sale de mi habitación y me quedo solo. Es extraño pero en esta ocasión me siento más solo que de costumbre. Debe ser que me he hecho a la idea de que a partir de ahora tendré compañía y esta me ha abandonado en este momento. Estoy contento de que me hayan asignado a Juan. Espero que nos llevemos bien y de que, aparte de acompañarme, me enseñe muchas cosas. ¡Tiene casi diecisiete

años! Es muy mayor y seguro que puede responder a muchas preguntas que me hago y que, de momento, no tienen respuesta.

Capítulo II

Estoy muy contento de tener a Pacheco a mi lado. Al final he decidido llamar a mi tutor Pacheco, me gusta más que llamarle Juan. Con él a mi lado ya no me encuentro tan sólo y estoy aprendiendo un montón de cosas.

Pacheco es tartamudo, al menos un poco, ya que de vez en cuando se atasca y comienza a repetir una sílaba ya que no consigue salir de su boca la palabra completa. No le pasa mucho pero sí con la suficiente frecuencia como para que en cualquier conversación, por corta que sea, se atranque varias veces. Tengo la intuición de que su tartamudez tiene su origen en algún incidente que le sucedió mientras trabajaba al servicio de don Álvaro de Luna en su casa pero, al menos de momento, no he conseguido que me cuente nada. Pacheco es muy reservado con algunas cosas. Nunca había tenido relación con ninguna persona con dicho problema en el habla y por ello he indagado un poco al respecto. Parece que su origen suele ser por un trauma o gran susto que sufre la persona en su tierna juventud. Algo grave le debió pasar a Pacheco en casa de don Álvaro. Ya me enteraré.

Hoy toca, como todos los días, entrenamiento con escudo y espada. La verdad es que soy muy torpe con las armas pero, por mi condición, debo conseguir dominar el arte de la lucha. Todos los días se repite la misma historia:

—¡Vamos majestad! Sujetad la espada con más fuerza. No puede ser que al primer mandoble se os caiga de las manos.

—Hago lo que puedo Pacheco, hago lo que puedo. Tu tienes mucha más fuerza que yo y no consigo mantener la espada en mi mano cuando recibe tus envites.

—¡Vamos en guardia! Empecemos otra vez. Recuerda la posición inicial. ¡Vamos!

Y volvemos a repetir. Yo me cubro, consigo parar algún golpe de su espada y hago un gran esfuerzo para devolverlo. Cuando me quiero dar cuenta Pacheco me vuelve a desarmar haciendo que mi espada caiga al suelo. No sé si alguna vez lo conseguiré. A veces es desesperante.

También dedicamos todos los días un tiempo al estudio de las artes y las ciencias. La verdad es que esta parte me gusta más, sobre todo lo que concierne al arte moro. Me fascina su letra y su arte. Su arquitectura llena de bóvedas y arcos llenos de filigranas. Son unos verdaderos artistas. Claro que no hay más que ver a los soldados de palacio y a la guardia mora de mi padre, sus vestimentas y modales no tienen nada que ver con la de los cristianos. Los castellanos vistiendo siempre de maneras sobrias e incluso sucias y los hombres de la guardia mora perfectamente ataviados con sus uniformes limpios llenos de colorido. Está claro que somos dos culturas muy diferentes.

Pacheco está verdaderamente contrariado ya que poco a poco va pasando el tiempo y en breve se celebrarán sus esponsales por poderes con la prima de don Álvaro.

—¡Sigo sin entender por qué me tengo que casar con ella! Lo hago por mi padre, pero estoy seguro que todo cambiará tarde o temprano.

—Pacheco, relájate. Mi padre es el rey pero el que gobierna realmente es don Álvaro, todo el mundo lo sabe. Mi madre muchas veces se desespera y les oigo como se gritan el uno al otro debido a esta situación. La reina no puede ni ver a don Álvaro y el rey, mi padre, hace caso omiso a las demandas de mi madre. Creo que mi padre no quiere ser rey y lo es por que así le ha tocado; por ello delega todas sus funciones en don Álvaro y éste ejerce a su manera. A veces oigo comentarios por palacio que dicen que este es un reino gobernado por el puto del rey.

—Seguro que es así majestad —me contesta Pacheco tartamudeando y un poco rojo—, don Álvaro es un hombre muy poderoso y también muy ambicioso. Contrariarle puede tener graves efectos para el que lo haga. De todas maneras tarde o temprano todo cambiará, estoy convencido de ello. Don Álvaro tiene muchos enemigos que en algún momento se le echarán encima. Debe pagar por sus muchos pecados.

—¿Es un pecador don Álvaro?

—Todavía eres un poco pequeño para entender algunas cosas pero ya te irás dando cuenta.

Mira que me da rabia cuando me ocultan cosas debido a mi

corta edad. ¡A ver si crezco de una vez!

Los meses siguen pasando y llega el 12 de septiembre de este año de 1436. Por lo que he oído, mi padre ha llegado a un acuerdo de paz con el rey de Navarra. Es curioso porque los dos se llaman igual. Mi tío, hermano de mi madre, es Juan II de Navarra.

Mi padre me hace llamar y, junto con Pacheco, llego hasta su presencia. Se encuentra en el salón del trono, a su lado está sentada mi madre y don Álvaro de Luna está también presente.

—Majestad, padre, creo que habéis solicitado mi presencia — me dirijo a mi padre, el rey, haciendo una reverencia y mirando de reojo a mi madre, la reina. No puedo sacar nada en claro de su cara.

—Amado hijo, sí, he requerido tu presencia para contarte los pormenores de los acuerdos que he firmado con el rey Juan II de Navarra con el objeto de conseguir una paz duradera y beneficiosa para ambos reinos.

—Deduzco majestad que de alguna manera me deben afectar dichos acuerdos ya que me habéis hecho llamar.

—Así es Enrique, así es.

—Os escucho majestad. Sois mi rey y yo un súbdito más a vuestro servicio. Estoy a vuestra entera disposición. —¡Lo que he aprendido de Pacheco! En ocasiones anteriores las respuestas a mi padre no eran tan amables. Miro al privado de mi padre, don Álvaro de Luna, y esboza una ligera sonrisa.

—Me alegra escuchar tus palabras Enrique. Bien, he llegado a una serie de acuerdos con el de Navarra y entre ellos está el que devolverá una serie de territorios a Castilla que fueron ganados en batalla... bueno, es un tema complejo y largo de contar y la verdad es que a ti más o menos supongo que te da igual —mi padre hace una larga pausa y se me queda mirando—. Estos territorios serán la dote que entregará el navarro en el matrimonio de su hija Blanca con mi primogénito.

Pacheco casi suelta una carcajada. La consigue reprimir pero oigo como de su garganta sale el principio de una risotada reprimida. No entiendo, en un principio, a qué se debe el carraspeo de Pacheco ya que tardo un poco en comprender las palabras de mi padre. Cuando ya caigo en que me acaba de decir que me ha comprometido en

matrimonio abro los ojos como platos y me dispongo a replicar. Mi padre levanta la mano para impedir que salgan palabras de mi boca.

—Y eso es lo que quería transmitirte, Enrique. Cuando conozca los pormenores de cómo se desarrollarán los acontecimientos os los haré saber. De momento recibid mi enhorabuena por vuestro compromiso. Ahora salid, debo continuar con mis asuntos —y mi padre hace un gesto con la mano invitándome a abandonar la estancia.

Me muerdo la lengua, hago la correspondiente reverencia a mis padres para, después, darme la vuelta e iniciar mi marcha. Pacheco, detrás mío, me imita y salimos ambos por la puerta de la sala. Miro a la cara de mi tutor y amigo para darme cuenta que se le saltan las lágrimas por lo acaecido hace unos momentos. Se está partiendo de risa pero no puede exteriorizarlo.

—Ya hablaremos tú y yo Pacheco, ya hablaremos.

—Ja, ja, ja —ya no puede aguantar más la risa y con los ojos llorosos comienza a soltar sus carcajadas.

—¡Esto no va a acabar así! Mi padre no se saldrá con la suya. Me pienso casar con quien a mí me de la gana, ya veremos cómo me las apaño.

Llega el mes de noviembre y el que se casa, por poderes, es Pacheco. Está claro que no le hace ninguna gracia pero, como dice él, de momento hay que tragar con lo que Álvaro de Luna disponga. Ya habrá ocasión de devolver lo recibido. Estoy de acuerdo con él.

Ya entrado diciembre, mi padre me ha comunicado que la boda con la princesa de Aragón se celebrará en marzo del próximo año. Incluso la dispensa papal necesaria por ser familia ya ha llegado. El papa, Eugenio IV, se ha dado prisa en firmarla. No sé qué le habrán prometido ya que normalmente estas cosas, por lo que me comentó Pacheco, suelen ir más despacio. En cualquier caso mi padre, supongo que con el consejo de don Álvaro, no se va a salir con la suya en los planes que han trazado respecto a mí. Este matrimonio no se va a celebrar y si lo hace caerá en saco roto.

No me puedo creer lo rápido que pasa el tiempo cuando quieres que vaya lento. En cuanto me he querido dar cuenta ha pasado la navidad y ha llegado un nuevo marzo. La princesa Blanca de Navarra ha llegado a la corte para celebrar nuestro casamiento. He indagado un

poco sobre ella. Es un poco más mayor que yo ya que nació el 9 de junio de 1424 y yo el 25 de enero de 1425, casi ocho meses más mayor que yo. No está bien que la esposa sea mayor que el marido.

La princesa Navarra ha llegado junto a su madre, que también se llama Blanca, a nuestra corte. Tengo que reconocer que cuando la vi me sorprendió por su belleza, pero da igual no será mi mujer. La verdad es que lo siento por ella pero estoy totalmente decidido a salirme con la mía, cueste lo que me cueste.

En la sala del trono se encuentran mis padres, los reyes, así como Blanca, su madre y gran cantidad de nobles. También asisten varios notarios que toman notas con sus plumas para dejar constancia de lo que allí se acuerda. La verdad es que yo estoy pensando en mis cosas así que no me entero muy bien de lo que acontece pero parece ser que mis padres y la madre de Blanca acuerdan hacer oficial nuestro compromiso, debiendo esperar a que cumplamos los quince años de edad para celebrar en firme nuestro matrimonio. Al menos tengo tiempo para pensar como obrar antes de que llegue el fatal momento.

Durante quince días se celebran grandes fiestas y festines para conmemorar nuestro compromiso. Yo asisto nada más que a los eventos que me obligan y no intercambio palabras ni miradas con mi futura esposa. Quiero que quede claro que desapruero lo que está haciendo mi padre conmigo. Pacheco se mofa de mí aunque denoto cierta envidia. Supongo que la belleza de la novia es evidente para sus ojos.

—Pacheco, como bien sabes, no quiero casarme con la princesa navarra Blanca pero veo muy difícil escabullirme de lo que ha acordado mi padre. Dame algún consejo.

—Majestad, es difícil librarse de lo estipulado por un rey, y más si dicho rey es tu padre. Sólo se me ocurre una solución, que es la misma que estoy llevando a cabo con la esposa que me han endosado a mí. Pero estoy seguro que tendrá consecuencias. Las tendrá en mi persona pero si vos decidís ejecutar el mismo plan las consecuencias tendrán más trascendencia. Tendríaís que soportar ciertas cosas...

—¡Habla Pacheco! Casi estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para librarme de ese matrimonio que no deseo. Y por cierto Pacheco,

como ya te he dicho en infinidad de ocasiones, no me trates de usted cuando estemos solos. Me resulta muy raro. Háblame de tu, por favor.

—Como quieras Enrique, es sólo que me resulta muy raro dirigirme a un príncipe con tanta informalidad. Lo intentaré. ¿Seguro que deseáis oír lo que hago yo en mi matrimonio?

—¡Qué pesado eres!

—Pues lo que hago es precisamente nada. No hago nada de nada.

—No te entiendo Pacheco. ¿Me puedes explicar que es eso de no hacer nada y que eso sea la solución a un matrimonio no deseado?

—Es fácil Enrique. A mi esposa, impuesta por don Álvaro, no la he tocado ni un pelo. Es tan virgen como cuando nació.

—¿Y qué consigues por mantenerla virgen?

—¡Qué de cosas te quedan por aprender! Si se mantiene virgen tengo bastantes posibilidades de conseguir la nulidad del matrimonio. Para que un matrimonio se considere válido debe ser consumado.

—Consumar es que tu pene se introduzca en el sexo de la mujer ¿verdad?

—Efectivamente Enrique. Las mujeres tienen una cosa en su sexo que se rompe cuando practican sexo por primera vez. Al romperse sangran un poco y es signo de que no ha mantenido relaciones con anterioridad.

—Algo había oído al respecto pero no terminaba de creérmelo. ¡Qué cosas más extrañas hace el creador con nosotros! Por cierto, ahora que estamos hablando de estas cosas. Me da un poco de vergüenza pedírtelo pero ¿me puedes enseñar tu pene?

—¿Qué me habéis pedido? —Pacheco da un paso atrás un poco extrañado de la petición que le acabo de realizar.

—Ya Pacheco. Ya sé que es algo extraño pero os lo explicaré; hace un tiempo, por casualidad, vi a unos hombres desnudos y me fijé en sus penes. ¡Eran muy grandes! Yo en cambio lo tengo muy pequeño y por eso quiero ver el tuyo. ¿Es grande o pequeño?

—Ja, ja, ja. Enrique, eso es algo normal. Cuando somos niños, hasta que no llegamos a la madurez, tenemos el pene pequeño. Una vez que se desarrolla nuestro cuerpo el miembro crece bastante. Por otro lado casi que no quiero saber como vistas a esos hombres pero

supongo que encima tendrían sus penes levantados porque estarían excitados y eso les hace ser mayores todavía. No te preocupes, es normal que todavía lo tengas pequeño pero no te queda mucho para que te crezca. Cuando te quieras dar cuenta la zona se te llenará de pelo y el pene te crecerá.

—Si, entiendo lo que me dices pero ¿me lo enseñas? Mira: —y saco de mi pantalón el pequeño pene que poseo— yo te enseñe el mío para que lo veas.

—No me parece bien esto que estamos haciendo pero, está bien, daré respuesta a tu curiosidad —y Pacheco me muestra su pene, mucho más grande que el mio y rodeado de vello—. ¿Contento?

—Pero no está levantado. ¿Qué hay que hacer para que se levante? —le pregunto con mi infantil curiosidad.

—Perdóname Enrique pero eso, de momento, es demasiado. Ya sabrás como hacer para que se levante —Pacheco se vuelve a guardar su pene.

—Está bien Pacheco, pero me dejas a medias con mis dudas —contesto mientras guardo mi pequeño miembro—. Volviendo al tema que estábamos tratando. ¿Me dices entonces que si no toco a la que será mi esposa podré anular el matrimonio?

—Casi con toda seguridad, Enrique. Pero debes saber que traería consecuencias. No está muy bien visto que un hombre no mantenga relaciones con su mujer y serás pasto de las habladurías. Algunas de ellas puede que te hagan mucho daño.

—Las habladurías no me importan —respondo a Pacheco quedándome pensativo.

—En cualquier caso no te preocupes. Queda bastante tiempo para la boda y lo podremos hablar con más detenimiento.

—Si, pensaré sobre ello, y es posible que volvamos a hablar. Tengo muchas dudas y seguro que me surgirán muchas más con el tiempo. Me has dado esperanzas con lo que me has dicho. Gracias Pacheco.

Capítulo III

El tiempo transcurre muy rápidamente y cuando me quiero dar cuenta estamos en el mes de septiembre del año 1440. Tengo quince años ya que los cumplí el 25 de enero.

Mi boda está planificada para el día 15 de este mes y, si Dios no lo remedia, dicho día me veré casado con alguien a quien no quiero. Menos mal que en todo este tiempo he estado planificando, con la ayuda de mi buen amigo Pacheco, mi manera de actuar. Debo conseguir que la que será mi esposa, en breve, no pierda la virginidad y se mantenga intacta. Reconozco que no va a ser fácil ya que tener a una mujer tan bella a mi disposición y no tocarla va a ser una dura tarea; pero continuaré haciendo lo que he hecho hasta ahora, cuando he tenido necesidad de una mujer Pacheco me la ha buscado y traído a mis aposentos. Con la asignación que me da mi padre, el rey, no he tenido problemas para pagar a las mujeres que me ha facilitado mi amigo.

—Pacheco, tengo que reconocer que te estoy muy agradecido por todo lo que me has enseñado y por los consejos que me has dado para poder desembarazarme con el tiempo de la mujer con la que me va a casar mi padre pero tengo una duda y no sé como solucionarla.

—Cuéntame Enrique, veré si puedo buscar una respuesta adecuada a esa duda que veo que te preocupa. Seguro que no es algo que no se pueda solucionar fácilmente.

—Pues verás, Pacheco, he pensado que después de la boda deberé marchar a mis aposentos junto con la que será mi esposa. Como es costumbre nos acompañarán varios notarios para certificar que el matrimonio es consumado. Tengo claro que no debo consumarlo si quiero cumplir mis objetivos pero, como bien sabes, lo que tengo entre las piernas puede, en ocasiones, hacerme perder la razón. La novia es, en extremo, bella y sumamente deseable, por lo que no sé si no perderé la cabeza cuando la vea postrada en la cama y con las piernas abiertas. Es más que probable que mi pene se ponga rígido como es su costumbre y me haga cometer la acción que no quiero llevar a cabo.

—Ja, ja, ja. Sí que tienes razón, Enrique, ya me han comentado alguna de las mujeres que te he facilitado que tu miembro tiene extrema facilidad para levantarse. Todavía me acuerdo cuando eras pequeño y te preocupaba el tamaño de lo que tenías entre las piernas, ja, ja, ja. Ahora te preocupa el no poder controlarlo. Pero sé como hacer que no se te levante en unos días el asunto, aunque tendrás que poner de tu parte, claro.

—¡Vamos Pacheco! Mira que te gusta darle vueltas a las cosas para hacerme sufrir. Dime de inmediato qué debo hacer para no caer en la tentación de consumir el matrimonio. ¡Yo preocupado y tú te mofas de mí!

—Según tengo entendido la boda se celebrará el día 15 de este mes y sobre las 11 de la mañana. ¿Estoy en lo cierto?

—Sabes que sí. ¡Mira que eres pesado! —Me está empezando a desquiciar.

—Te contaré lo que se me ocurre; para la noche del 14 al 15 te conseguiré dos hermosas mujeres que te darán guerra desde que os acostéis hasta la mañana. Debes practicar el sexo con ellas todo lo posible. Es más, les daré orden de que cuando te hagas el remolón te hagan lo necesario para ponerte de nuevo en marcha. Espero que esto te sature de sexo para que lo aborrezcas durante unos días.

—No me parece mal plan, Pacheco, y muy agradable, por cierto, ja, ja, ja.

—No obstante conseguiré otra mujer, que esté descansada, para el día 15. Dicha mujer estará a tu disposición después de la boda, mientras se celebra al banquete y antes de la consumación, para que en algún momento, o en varios si así lo deseas, puedas saciar de nuevo tus ansias sexuales, si es que te quedan algunas. Espero que de esta manera, cuando llegue el momento y tengas a tu esposa en la cama, abierta de piernas, el asunto no se te levante.

—¡Pues sí que quieres que celebre bien mi boda! No habré practicado tanto sexo en mi vida. Y creo que tienes razón, cuando llegue a los aposentos con la novia no creo que tenga ganas de hacer nada con ella. Muy buena idea Pacheco, la pondremos en práctica.

—Pero recuerda lo que ya te he dicho en muchas ocasiones: esto va a tener un precio. Piensa que si no consumes el matrimonio, y los

notarios ven que tu miembro no se levanta, te vas a ganar las comidillas en la corte de que eres impotente. Tienes que decidir si te merece la pena o no pasar por el trago.

—¡Qué más da lo que piensen! De lo que se trata es de conseguir mi objetivo, que no es otro que poder anular el dichoso matrimonio para poderme casar con quien quiera y cuando quiera.

—Está bien, Enrique, pues ya sabes cual es el plan. Lo tendré preparado para cuando llegue el momento. Te mantendré informado.

Y el tiempo pasa hasta que llega el momento menos deseado. Me encuentro en el monasterio de San Benito con la princesa Blanca, de incalculable belleza y que no va a ser catada por mi persona. Los padrinos de la boda son el almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez, y la princesa Beatriz de Portugal. El enlace lo oficia el obispo de Ávila, Juan de Cervantes.

La verdad es que no estoy para muchas bodas ya que me he pasado la noche fornicando y realizando todo tipo de actividades sexuales con las dos bellas mujeres que me ha traído Pacheco. Nunca había estado tanto tiempo realizando este tipo de actividades. Cuando yo me cansaba las dos mujeres hacían todo lo que estaba en su mano, o en otras partes de su cuerpo, para que mi pene se volviera a poner en marcha. Ha sido tan agotador que ha llegado un momento en el que por más que se esforzaban ya no consiguieron que mi pene reaccionara, manteniéndose totalmente flácido sin aparente remedio. Al menos, al final, pude dormir un rato. Creo que ellas también se durmieron, aunque cuando me desperté ya no se encontraban en la habitación conmigo.

Al finalizar la ceremonia religiosa hemos pasado a festejarla con un copioso banquete. Asisten gran cantidad de invitados y tanto la comida como la bebida no para de circular para que todo el mundo quede satisfecho. Pacheco me hace una seña para que le siga y con la excusa de que tengo que evacuar me vuelvo a dirigir, tras mi amigo, hasta mis aposentos.

Encima de la cama se encuentra totalmente desnuda una nueva mujer a la que no había visto antes. En cuanto me acerco a ella me ayuda a librarme de mis pantalones y con gran maestría consigue que mi pene se ponga casi erecto. La verdad es que no consigue que

alcance su plenitud porque yo estoy totalmente desgano. Cuando lo considera oportuno, me tumba en la cama y cabalga encima mio hasta que, debido a mi hastío, mi pene se vuelve a poner flácido sin posibilidad de levantarse por el momento. Me incorporo y vuelvo a ponerme mis ropas para retornar de nuevo al banquete. No sé si ha sido buena la idea de Pacheco; en estos momentos pienso que no querré volver a practicar sexo nunca más ¡qué aburrimiento!

Ya ha llegado el momento en el que debo retirarme con mi esposa a los aposentos. Ella entra primero, junto con una dama de compañía, para prepararse para lo que ha de acontecer en breve, mientras yo espero fuera con gran cantidad de publico acompañante. Al poco rato la dama de compañía sale y entro yo junto con los notarios para certificar la consumación del matrimonio.

Dentro de los aposentos me encuentro a Blanca tumbada, ataviada con un camisón, esperando recibir a su marido. Está temblorosa. Yo me despojo de mi ropa y me quedo totalmente desnudo mostrando mi pene totalmente flácido. Los notarios se miran los unos a los otros y giran a los lados la cabeza. No debe ser normal que un joven, en presencia de una mujer bella y dispuesta, mantenga bajo su atributo masculino. Yo, para dar realismo a la situación, me acerco a la princesa y comienzo a acariciarla, a restregarme contra ella, incluso la tomo una de sus manos para que me toque el pene. Nada hace efecto y mi masculinidad se mantiene totalmente caída, como sin vida, no pudiendo consumir el matrimonio.

En un momento dado, como parte de mi actuación, me levanto como desesperado, dando voces, me visto y salgo de los aposentos para dirigirme a los jardines de palacio. Los notarios se han echado las manos a la cabeza y toda la gente congregada a las puertas de la habitación que estaban esperando confirmar la consumación del matrimonio se apartan para dejarme marchar, anonadados por la situación que se estaba produciendo. Mi objetivo está, al menos de momento, cumplido; todos han sido testigos de que la novia se mantiene tan pura como había llegado hasta mi cama.

El objetivo está cumplido pero, como me predijo Pacheco, me he ganado el sobrenombre de impotente. Nadie me lo dice a mi cara pero sé que soy la comidilla de palacio. ¡El hijo del rey es impotente y

no será capaz de tener descendencia! ¡Estuvo en la cama con la princesa y esta quedó tan entera como venía!

Ya veremos cómo acaba todo esto que he comenzado.

Capítulo IV

—Enrique, tu madre, la reina, requiere tu presencia —me informa Pacheco viniendo a la carrera hasta mis aposentos.

—¿Sabes de que se trata? Últimamente veo la corte muy alborotada y mi padre no para de viajar de un lado a otro. Hace tiempo que no le veo.

—Con seguridad no lo sé pero he oído comentarios de que el rey quiere que empieces a tomar parte en asuntos de gobierno. Es probable que tenga alguna misión para ti en estos momentos. Reconozco que estoy nervioso ya que allá donde te toque ir a mi me tocará igual suerte. Quizás podamos divertirnos un poco ya que dentro de palacio la vida es un tanto aburrida.

—Bien, pues vayamos a ver cual es el motivo por el que mi madre me reclama.

Estoy nervioso. Los infantes de Aragón, intuyo que con el apoyo no declarado de mi madre, están ocasionando graves problemas a la corona de Castilla, osea a mi padre y a su condestable, Álvaro de Luna. Tengo entendido que se están produciendo graves intrigas en Aragón y Navarra para su control y que Castilla también está en el punto de mira. Muchos nobles están en contra de mi padre. Acusan a su mano derecha, Álvaro de Luna, de aprovecharse de su puesto para enriquecerse de manera desmedida a costa del reino. Sé que han habido graves problemas el pasado año pero como a mí no me los cuentan solo puedo imaginar y especular. He oído que mi padre ha hecho grandes concesiones a la nobleza y que su mano derecha está pendiente de un hilo. Veremos qué quiere mi madre y si ella me saca un poco de la ignorancia.

—Pasa, Enrique. Pacheco, tú también. Entrad los dos —nos manda la reina, mi madre, en cuanto nos ve en la puerta de su cámara.

—Majestad —decimos al unísono Pacheco y yo nada mas entrar mientras hacemos una reverencia.

—Sentaos que os tengo que contar una serie de cosas antes de mandaros en una misión que me encarga el rey que os transmita.

El corazón me da un pequeño vuelco. ¡Vamos a tener una misión

que, probablemente, nos saque de entre estas cuatro paredes! No perdemos el tiempo y nos acomodamos para escuchar lo que la reina quiere transmitirnos.

—Enrique, como habrás notado últimamente, tu padre, el rey, está siempre ausente de la corte. Creo que en estos momentos debe encontrarse en la ciudad de Ávila, aunque no estoy segura del todo ya que está recorriendo gran cantidad de localidades para recabar información de quien le es fiel y quien no. —La reina hace una pausa. Creo que está pensando qué y cómo decirnos las cosas que tiene en la cabeza —. Los nobles, o muchos de ellos, se están confabulando en contra del rey y a favor de los intereses de los infantes de Aragón. Sabéis que los infantes de Aragón son mis hermanos y ello me deja en una posición un tanto extraña para mí. No obstante reconozco que casi todas las exigencias de los nobles se refieren a la mano derecha de tu padre, Álvaro de Luna, que como sabes, y si no lo sabes te lo digo ahora, no es santo de mi devoción. Acusan a Luna de despotismo, de campar a sus anchas por el reino haciendo y deshaciendo y todo ello en beneficio propio. Creo que tienen gran parte de razón ya que maneja al rey a su antojo.

Mi madre volvió a realizar una pausa y se nos quedó mirando. Yo, en este momento, me acuerdo de la escena que viví de pequeño en la habitación de mi padre en la que, estando escondido dentro del armario, vi algo que no debería haber visto. Ahora lo entendía mejor. Comprendí que mi padre y don Álvaro eran amantes. Hacia mucho tiempo que no recordaba lo sucedido en mi niñez.

—¿En que piensas, Enrique? —me pregunta mi madre.

—En nada majestad, estaba pensando en lo que nos estás contando. No entiendo mucho de política todavía pero me imagino que nos encontramos en una situación complicada.

—Así es Enrique. Aunque de manera no declarada nos encontramos en una guerra civil. Unos están al lado de su rey y otros están enfrentados. Hay negociaciones pero también hay movimientos militares. A tu padre, el rey, le han obligado a realizar una serie de concesiones. Entre ellas, como te puedes imaginar, está tu boda con Blanca, la reducción de poder de Álvaro de Luna y una organización de las instituciones del gobierno que dan gran poder a la nobleza.

Ahora tu padre está montando una contraofensiva contra mis hermanos, los infantes de Aragón y contra la nobleza que le es contraria. Álvaro de Luna, que supuestamente ha estado prácticamente desterrado, ha organizado ejércitos para apoyar al rey. Sé que ha habido reuniones secretas con los nobles que son fieles a tu padre y en breve comenzarán los movimientos.

Y yo que pensaba que gobernar era sencillo. Por lo que veo esto es un embrollo complicado de resolver. El rey, Álvaro de Luna, los nobles, los infantes de Aragón, supongo que el rey de Navarra, y el poder como trasfondo de todos ellos. Mucho me queda por aprender.

—¿Y qué se espera de mí, majestad? —pregunto a la reina aprovechando su nueva pausa.

—Enrique, el rey espera que en breve tomes partido y dirijas, si ello fuese necesario, los ejércitos que se te encomienden contra las plazas que se te ordenen tomar. Tu padre, el rey, está pensando en montar ofensivas para acabar con esta situación. Sé que Álvaro de Luna tiene preparados gran cantidad de efectivos que están esperando el momento para hacer la guerra contra los nobles rebeldes.

Me he quedado con la boca abierta. No he cumplido todavía los dieciséis años y me están pidiendo que me ponga al frente de soldados para defender la corona de mi padre.

—Ya veo que te has quedado mudo, Enrique, ya me lo esperaba. No te preocupes porque siempre estarás bien acompañado y asesorado. En primer lugar por Juan Pacheco, que nunca se despega de ti, y por supuesto por los mejores oficiales de que dispongamos. De lo que se trata es de que el príncipe de Asturias, el príncipe heredero de la corona de Castilla tome cartas en el asunto y el pueblo le vea al frente de los ejércitos para combatir a los enemigos de su padre. —Mi madre, la reina, vuelve a hacer otra pausa. Algo quiere decir y no sabe como hacerlo—. Pero Enrique, no te fíes de Álvaro de Luna. Sus ambiciones son ilimitadas y estoy segura que piensa que nadie se pondrá en su camino para conseguir los objetivos que se ha marcado. Objetivos que desconozco pero que me dan miedo. Te voy a decir algo que incluso a mí me pone en peligro: tarde o temprano debemos acabar con Álvaro de Luna. En estos momentos tiene mucho poder y lo necesitamos pero debes estar con los ojos muy abiertos. No me fio

en absoluto de él. Esto último que os he transmitido no debe salir de aquí ya que en caso contrario nuestras vidas, y sobre todo la mía, correrían grave peligro. Sé de lo que hablo.

—No os preocupéis majestad —decimos al unísono Pacheco y yo. Con todo lo que está contando mi madre se me había olvidado que Pacheco también se encontraba en la sala y he dado un pequeño respingo al escucharle.

—De momento vais a marchar a Madrid. Cualquier novedad os la haré saber de inmediato. Partiréis mañana mismo, sin demora. Creo que allí estarás más seguro.

Pacheco y yo, a un signo de la reina, nos levantamos de nuestras sillas y, después de hacer la correspondiente reverencia, salimos de la sala. Reconozco que en cierta medida estoy contento ya que parece que mi vida va a tener un poco de emoción y aventura.

—Bueno, Pacheco, parece que salimos de estas cuatro paredes y nos dirigimos a la aventura.

—Sí, Enrique, veremos que nos depara el futuro. Lo que nos ha contado la reina no es alentador. Pero, como bien dice el dicho: a río revuelto, ganancia de pescadores. Yo también le tengo ganas a Álvaro de Luna e intuyo que, poco a poco, va llegando su momento. Ahora partamos hacia Madrid y esperemos noticias.

Ya en Madrid nos van llegando gran cantidad de noticias de lo que está sucediendo a lo largo y ancho de Castilla. Parece que mi padre, el rey Juan II, ha ordenado el 21 de enero que las ciudades hagan la guerra contra los nobles que le son infieles.

Van pasando los meses y llegan noticias de escarceos y batallas por diversas tierras de nuestra geografía. Parece que el rey de Navarra y los infantes de Aragón, con la ayuda de gran parte de la nobleza, están empeñados en acabar con Álvaro de Luna pero este tiene un gran poder y está resistiendo los envites de que es objeto.

Me llega carta de mi madre, la reina:

Querido Enrique,

como bien sabes, las tierras de Castilla viven momentos revueltos y me han llegado noticias de que tu padre, el rey, se

encuentra encerrado en Ávila, aislado y aparentemente no hay esperanzas de que pueda recibir auxilios desde el exterior.

Debido a estas circunstancias Castilla se encuentra sin un gobierno efectivo. Creo que es el momento de que tomes una actitud mediadora entre las partes y busques una salida a esta situación. Déjate asesorar por Juan Pacheco, siempre le he considerado persona cabal. En cualquier caso, recuerda nuestra conversación y mis inquietudes.

Tu madre, la reina.

Menuda papeleta que me encomienda mi madre. El rey sitiado en Ávila y quiere que encuentre soluciones a la grave situación que se vive. Hablaré con Pacheco del tema.

—Pacheco, lee la carta que ha llegado de la reina —indico a mi amigo mientras le acerco el manuscrito de mi madre.

Una vez leída la carta Pacheco se queda pensativo antes de dirigirse a mí.

—Enrique, que pocas personas de confianza tiene tu madre para recomendarte que te dejes guiar por lo que yo pueda decirte. Quizás sepa que te quiero bien y que pienso de manera similar a ella en lo referente a Álvaro de Luna. Buena papeleta tenemos, tu padre el rey aislado en Ávila y aparentemente sin posibilidad de recibir auxilio. Y supongo que todos los consejeros del rey se encuentran con él sin poder tener acceso a ellos.

—Pacheco, también he tenido algunos contactos con emisarios de Juan de Navarra, mi suegro. Creo que pretende que me ponga de su lado con diversas promesas.

—¿Qué pretende el rey de Navarra?

—Pues, Pacheco, te puedo contar lo que me hace llegar pero no lo que pretende. Sostiene que tras el derrocamiento de mi padre, y de su condestable, me encumbrarán como rey de Castilla de manera inmediata. Eso es lo que me hace llegar pero tengo que reconocer que no confío en él en absoluto. Tengo entendido que su intención es llegar a unir Castilla con Navarra y Aragón. Por supuesto bajo su reinado. Estoy convencido de que en el momento en que se deshaga de

mi padre y de Álvaro de Luna buscará las mañas para hacerse con nuestro reino. No creo que deba confiar en sus palabras.

—Tienes razón, Enrique, yo pienso lo mismo. Reconozco que Álvaro de Luna no es santo de mi devoción pero tampoco creo que la manera de deshacernos de él sea ponerle el trono de Castilla en bandeja a tu suegro. Tenemos que pensar cómo obrar. Al menos para ganar tiempo.

—Pues ya has leído la carta de mi madre. ¿Qué podemos hacer nosotros desde aquí?

—Déjame pensar Enrique y si se me ocurre algo te lo comunicaré de inmediato. Por cierto, me he enterado de que aquí en Madrid, en casa de determinado personaje, se montan unas fiestas que probablemente sean de nuestro agrado —me dice Pacheco guiñándome un ojo.

—Creo —le contesto poniéndome muy serio— que estás tardando en conseguir que seamos invitados a una de esas fiestas que me nombras. Quizás haga que se me olvide tanto quebradero de cabeza.

—Te informaré lo antes posible al respecto.

Una fiesta es lo que necesito en estos momentos de tanta tensión. ¿Qué se espera de mí? No es de justicia que caiga sobre mis hombros la responsabilidad de solucionar los problemas que sufre el reino. ¡Me niego!

Esta noche he dormido mal, realmente mal. He sufrido unas pesadillas horribles. Todo el mundo me atosigaba; mi madre, mi padre, don Álvaro de Luna, el rey de Navarra, todos me gritaban diciendo que solucionase el problema de Castilla. Yo no hacía más que encogerme tirado en el suelo mientras me gritaban. Creo que en algún momento pensé, en mis sueños, que querían devorarme. Echaban espumarajos por la boca y podría jurar que sus colmillos se alargaban amenazadores. ¡Qué pesadilla más desagradable! Me he despertado empapado de sudor y eso que los calores todavía están lejos de llegar. Espero que no se repitan este tipo de sueños.

—Enrique —me dice Pacheco mientras entra en mis aposentos—, he pensado algo referente a tu padre, aunque no creo que sirva de nada, al menos no parecerá que te limitas a la inacción en las circunstancias actuales.

—Cuéntame Pacheco lo que se te a ocurrido. Tengo ganas de quitarme de la cabeza todo este embrollo. Yo lo que quiero es vivir tranquilo.

—Bien, he pensado que podemos proponer a las partes que las cortes se trasladen a Arévalo y que el rey de Navarra se retire a Olmedo. Se podría buscar una ubicación entre las dos localidades para comenzar unas conversaciones con algún mediador para intentar llegar a un acuerdo. Sinceramente no creo que ninguna de las partes acceda a ello. Tu padre por orgullo y el de Navarra porque parece ser que están ganando la contienda, pero así al menos parece que haces algo como príncipe de Castilla. Una vez que recibamos la negativa de tu padre, el rey, dejaremos entrever que te posicionas cerca de las posiciones de la nobleza. Quizás de esta manera podamos salvar nuestra situación en el caso de que al final tu padre claudique. Si la tortilla se da la vuelta siempre podrás volver al lado del rey.

—Eres inteligente Pacheco. Cuando reine quiero que estés a mi lado. Me parece bien. Prepara los escritos para ambas partes y los firmaré para que salgan de inmediato a sus destinos. Así, en cualquier caso, ganamos tiempo. Por cierto, no te olvides de la fiesta prometida.

—Ja, ja, ja, Enrique, no os preocupéis. Nos iremos de fiesta. Ahora me pondré con las cartas para que sean enviadas lo antes posible.

Pacheco me entregó las cartas que proponían lo hablado y las firmé. Fueron enviadas a sus respectivos destinos, a los dos Juanes, el de Navarra y mi padre. Tardarán en llegar respuestas aunque reconozco que me da bastante igual lo que digan. Parece que no fuese conmigo todo este embrollo.

Los días pasan y siguen llegando noticias de que los nobles, con la ayuda del rey de Navarra y los infantes de Aragón, seguían haciendo estragos a las fuerzas del condestable de mi padre. Parece ser que Álvaro de Luna y algunos de sus lugartenientes se han colocado fajas rojas con cruces blancas, el emblema real, y con ello dejan claro que atacarles a ellos es atacar directamente a la corona. De esta manera la mano derecha de mi padre parece que está atrayendo a partidarios del monarca a sus filas. Incluso algunos nobles han decidido retirarse alegando neutralidad en la contienda. ¡Vaya lio que

tenemos montado!

—Enrique, esta noche tenemos que acudir a la casona de alguien importante de la ciudad.

—¿Por fin tenemos fiesta?

—Así es, Enrique, así es. Tengo que advertirte de algunas cosas.

—Decidme, decidme, ¿no os demoréis!

—A la fiesta se acude con la cara tapada. Nadie sabrá quien es nadie, ni siquiera a ti te reconocerán y en el caso de que lo hiciesen disimularán y seras considerado uno más de la fiesta.

—Bien, no veo nada malo en ello. Es lo mejor. Seguro que la naturalidad de la fiesta se perdería si en ella se encontrase el príncipe de Asturias. Es mejor así, que seamos anónimos.

—Me alegro de que te parezca bien. Por otro lado, como te puedes imaginar, habrá comida, bebida y posteriormente comenzará realmente la acción. La fiesta, por lo que me han confirmado, será una imitación de las que se celebraban en tiempos de los romanos. Ya sabes que aquellos eran muy liberales en sus costumbres.

—No te entiendo muy bien Pacheco. ¿Qué me quieres decir?

—Enrique, la reunión a la que vamos a acudir, si es que no te echas para atrás, terminará con una orgía al estilo romano.

—Ya, pero ¿qué tiene de mala una orgía al estilo romano?

—Se ve que has leído poco al respecto. En las orgías romanas todo tenía cabida. Comían, bebían y practicaban todo tipo de relaciones sexuales.

—Eso está bien, yo he realizado todo tipo de cosas con las mujeres que me has ido trayendo. Me encanta. Sigo sin ver el problema Pacheco.

—Enrique, cuando digo todo tipo de relaciones sexuales me refiero a que no tienen por qué ser entre personas de distinto sexo.

Se me acaba de abrir la boca y los ojos se me salen de las órbitas.

—¿Quieres decir que mantenían relaciones entre hombres y entre mujeres? ¿Eso es lo que me quieres decir?

—Así es Enrique, así es. Y entre varios a la vez, sin importar su sexo —me dice divertido Pacheco—, varios hombres, varias mujeres y cualquier combinación que surja de hombres y mujeres. Es importante

que lo sepas, ya que, como te puedes imaginar, puede pasar de todo en la reunión. Si no te convence es mejor que no acudas. Si vamos debemos aceptar de buen grado, qué digo aceptar, disfrutar de lo que allí suceda sea lo que sea. Estás a tiempo de echarte atrás.

La verdad es que según estoy escuchando a Pacheco lejos de asustarme me estoy excitando cada vez más. Me estoy imaginando cosas en las que no había pensado hasta el momento. ¡Tengo que vivir la experiencia!

—Allí estaré, Pacheco, disfrutaremos de la velada todo lo posible.

Capítulo V

—Bien Enrique, al anochecer partimos hacia la casona. Recuerda que debemos ir con la cara tapada, así que busca alguna de las máscaras que seguro tienes y sea de tu agrado. Elige una que se mantenga por si sola y que resista cualquier tipo de movimiento sin caerse —me dice mostrando una pícaro sonrisa mi amigo.

—Mucho cachondeo veo en tu cara, Pacheco. Buscaré la máscara más adecuada para la ocasión.

—Y te recuerdo que debemos presentarnos limpios y con agradable olor...

—Entendido, Pacheco, entendido. Procederé a pegarme un baño y me perfumaré para la ocasión.

Estoy nervioso. ¿Cómo será una fiesta de estas características?

El anochecer llega. Pacheco y yo salimos con rumbo a un destino que me tiene nervioso. Mis piernas no paran de subir y bajar inquietas. Quizás todavía estoy a tiempo de echarme para atrás y volver a palacio. El miedo me inunda pero la curiosidad lo vence y no digo nada a Pacheco que tiene una media sonrisa en su cara. A él le veo tranquilo por lo que mala la cosa no debe ser.

—Ya estamos llegando, Enrique, ponte la máscara. Nadie debe saber quienes son los asistentes. Recuerda que no debemos nunca llamarnos por nuestros nombres. —A lo que asiento con la cabeza.

Más que una máscara he elegido un antifaz. Me cubre la nariz y llega hasta la parte superior de mi frente. Está firmemente atado con cintas en la parte trasera de mi cabeza con lo cual es improbable que se mueva. La carroza para y bajo de la misma. Tengo flojera en las piernas y pienso que no sé si me van a sostener, pero sí, me sostienen. Pacheco se sitúa a mi lado y nos dirigimos a la gran puerta del caserón al que hemos llegado. Mi buen amigo golpea la puerta, con sus nudillos, cinco veces, hace una pausa y vuelve a golpear una vez más. Esperamos un poco y la puerta, despacio, se abre. Un sirviente, con la cara descubierta, nos hace una reverencia y se aparta invitándonos a entrar. No nos dirige la palabra. Pacheco traspasa la puerta y yo le sigo para que a continuación el sirviente que nos ha invitado a pasar cierre

la puerta a nuestras espaldas. Nos encontramos en un recibidor iluminado únicamente con una vela y al fondo del mismo se encuentra una puerta. El sirviente la abre y veo un salón con varias personas dentro. No somos los primeros en llegar. Traspasamos la nueva puerta que después se cierra. Los hombres y mujeres que allí se encuentran tienen todas las caras cubiertas para no ser reconocidos y hablan entre ellos animosamente. Dos sirvientes con bandejas van recorriendo el gran salón ofreciendo bebidas y pequeños canapés. Nos incorporamos a la fiesta.

—Vamos, unámonos a la fiesta —me dice Pacheco tirando un poco de mi brazo.

Debe haber unos cinco hombres, que con nosotros sumarán siete, y unas diez mujeres. Nos acercamos a ellos y comenzamos a charlar de cosas diversas. Bueno, los demás hablan y yo escucho. Temo que si abro la boca se me va a notar el estado de casi histerismo en que me encuentro.

—Pobre las gentes de Aragón —está comentando una mujer—, la peste está haciendo estragos por aquellas tierras. Espero que la dichosa enfermedad no llegue a Castilla. Dicen que hay muertos por todos los lados y que hacen grandes piras con los cuerpos y todas sus pertenencias para intentar que la enfermedad no se propague. ¡Debe ser terrible!

—Sí señora —le responde un hombre que por lo poco que se le puede ver está bastante entrado en años—, es terrible. Dios quiera que remita pronto. Toda Europa está convulsionada por la peste. Son miles los que están muriendo en las tierras que se ven afectadas. Prefiero no pensarlo.

También conversan de la situación en Castilla, los líos entre la monarquía y los nobles aliados con Navarra y Aragón y lanzan opiniones de diversa índole sobre el tema. A base de escucharles parece que me voy relajando. De momento lo único que veo es una reunión de hombres y mujeres, eso sí, con la cara tapada, que conversan de diversos temas mientras dan cuenta de la bebida y comida que les sirven.

En un momento dado uno de los hombres, que intuyo debe ser el anfitrión, hace una señal y los sirvientes se llevan la comida y bebida

para, a continuación, comenzar a traer gran cantidad de cojines y almohadones que van repartiendo por los suelos. Cuando han terminado con esta última tarea, los sirvientes desaparecen del salón cerrando tras de sí la puerta por la que salen.

En ese mismo instante todos los invitados comienzan a despojarse de sus ropas; Pacheco me da un codazo para que les imite, hasta quedarse totalmente desnudos a excepción de la prenda o atavío que les cubre la cara. De la misma guisa nos quedamos Pacheco y yo mismo.

No sé muy bien como empieza la cosa pero cuando me quiero dar cuenta todos están abrazándose y propiciándose caricias los unos a los otros. Una mujer se me ha acercado y me acaricia con sus manos la espalda, el pecho y cuando me quiero dar cuenta tengo el pene introducido en su boca cogiendo cada vez más rigidez. Miro a mi alrededor y todas las escenas son similares. Hombres y mujeres desnudos dedicándose los unos a los otros. De dos en dos, de tres en tres, con todo tipo de combinaciones. La mujer se tumba en el suelo y me invita a ponerme encima suyo a lo que yo la correspondo sin demora.

Llevo ya un rato dedicándome a los menesteres amorosos con la mujer que tengo debajo cuando noto que alguien me empieza a acariciar el trasero. En principio doy un respingo ya que me invade un escalofrío por todo el cuerpo al girar un poco la cabeza y descubrir que es un caballero el que me está tocando con sus manos, pero comprendo que si he venido aquí era con todas las consecuencias. Poco después noté cómo la saliva del hombre me humedecía el ano para, poco después, notar cómo un miembro erecto comenzaba a introducirse en mi cuerpo, por un lugar inexplorado hasta ese momento...

Cuando la fiesta, por denominarla de alguna manera, finaliza, todos van vistiéndose y poco a poco abandonan el lugar. Pacheco y yo les imitamos y al rato nos encontramos en el carruaje rumbo a palacio. No nos hemos quitado las máscaras y todavía no hemos articulado palabra alguna. Es una situación extraña. Muy extraña ya que en la fiesta Pacheco y yo también hemos compartido placeres. Es al único al que conocía, aunque su cara estuviese tapada con la máscara de felino,

sabia perfectamente con quién estaba en los momentos que compartimos. He compartido intimidad con Pacheco y me ha gustado. Me ha gustado más, creo, que cuando la comparto con mujeres. Tengo un poco de miedo. ¿Seré un puto? Recuerdo a mi padre con Álvaro de Luna. De tal palo tal astilla. He salido igual que mi padre.

Cojo el cojín que tengo para apoyar los riñones y lo coloco debajo de mi trasero. Lo tengo dolorido. Al realizar esta operación veo como le sale una sonrisa a Pacheco.

—No te rías Pacheco —le digo mientras me quito la máscara.

—¿No te lo has pasado bien? —me responde Pacheco con una mirada picara.

—Estoy confundido, muy confundido. La fiesta, como así la llamaste, ha estado bien. He disfrutado como nunca. Pero estoy preocupado ya que cuando más he disfrutado es cuando otros hombres han estado involucrados —hago una pausa—. Sobre todo cuando el otro hombre eras tú.

—Enrique —Pacheco traga saliva—, yo reconozco que también he disfrutado en tu compañía. No es nada malo y es algo muy habitual que los hombres se den placer entre ellos. Hemos descubierto otra manera de pasarlo bien juntos ¿no?

—Ya, Pacheco, ya sé que debe ser habitual. Nunca te lo he confesado pero en una ocasión, cuando era pequeño, vi a mi padre y Álvaro de Luna...

—Ja, ja, ja, Enrique, qué inocente eres. En la corte siempre se han comentado los escarceos entre tu padre y Álvaro de Luna. Y, créeme, no solo con su mano derecha ha mantenido relaciones tu padre. La lista de amantes de tu padre es larga.

Quedo sorprendido con lo que me está diciendo mi amigo, aunque lo entiendo; no van a ir diciendo este tipo de cosas cuando los oídos del hijo del implicado se encuentran cerca.

—Y yo, Enrique, te tengo que confesar una cosa —Pacheco se pone muy serio—: una de los motivos por los que odio a Álvaro de Luna es por que de pequeño me violó. Estando a su servicio me forzó a realizar cosas que solo mayores y con consentimiento debemos realizar. Me hizo mucho daño, tanto físico como mental y por ello le odio. Le odio con todas mis fuerzas y tarde o temprano debe pagar por

lo que me hizo.

—Lo siento Pacheco, ya decía yo que tu odio hacia Álvaro de Luna tenía que tener una justificación poderosa. Te entiendo, yo en tu caso sentiría lo mismo. Es un criminal por lo que te hizo y pagará por ello, seguro que pagará.

El resto del camino lo pasamos en silencio hasta llegar a palacio. Una vez nos encontramos en nuestro destino, cada uno nos dirigimos a nuestros respectivos aposentos. Yo me aseo un poco antes de meterme en la cama. Casi está amaneciendo y quiero intentar dormir unas horas. Si es que puedo, ya que la noche ha sido muy intensa.

Y aunque di bastantes vueltas en la cama cuando me acosté, al final, sí que me quedé dormido. El sol está alto, por lo que puedo ver a través de la ventana, así que he dormido unas cuantas horas. Todavía tengo el ano dolorido, me da un poco de risa y me duele más. Mejor no me río.

Gracias por haber leído estos cinco capítulos de “Enrique IV de Castilla. El último rey medieval”. Si te ha gustado, y te apetece leer la novela completa, la puedes encargar en tu librería habitual o comprarla a través de internet.

Te dejo enlaces de Amazon por si es tu plataforma habitual:

Kindle: <https://www.amazon.es/dp/B07KW4Z1HN>

Papel: <https://www.amazon.es/dp/1729285325>

Si resides en España y deseas una novela dedicada, para ti o para regalar a otra persona, puedes escribirme a:

carlosdelsolo@yahoo.es

y vemos como lo podemos hacer...

Por supuesto, en el mismo correo, estaré encantado de recibir tus comentarios, criticas o lo que desees.

No se me puede olvidar recordarte otra novela mía que creo que te puede gustar: “El Cid Campeador. Simplemente Rodrigo”.

Kindle: <https://www.amazon.es/dp/B07BYPT4GS>

Papel: <https://www.amazon.es/dp/1980749574>

Sígueme en mí página de facebook:

<https://www.facebook.com/carlosdelsoloescritor/>

Mi página web:

<https://carlosdelsolo.wixsite.com/escritor>